

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Humildad*, poesia, por doña Enriqueta Lozano de Vilches.—*Fray Agustín*, (traduccion) por D. Faustino Mendez Cabezoza.—*Hijo por hijo*, (continuacion) por doña María Mendoza de Vives.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.—*LÁMINAS*.—Una de labores y el retrato de la Condesa de Geulis.

Con este número se reparte ademas el pliego cuarto del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA A.

ESPOSA.

(Continuacion).

IV.

EL CONDE DE PEÑAFIEL AL DUQUE DE RICHEVILLE.

Madrid, noviembre de 18...

¡Sí, me he casado! ¿qué hay de extraño en esto? ¡ya voy á cumplir veinte y nueve años: ya las ilusiones huyen delante de mí, como una bandada de asustadas palomas! ¿quien las hace huir? ¡la razon! la fria, la inexorable razon.

¡He vivido tanto, Octavio! ya mi corazon anhelaba el reposo, y suspiraba por la calma y la paz de la familia... ¡cuántas espinas, y cuán pocas flores he hallado en mi camino! ¡cuántos desencantos! no ha habido una clara y pura fuente á donde haya querido apagar mi sed, que no se haya enturbiado al querer acercar á ella mis lábios!

Pero, ¿por qué me quejo de la suerte comun? ¿es acaso solo mia esta angustia que oprime á la multitud? donde quiera oigo gemidos y reproches: las mujeres hacen su arma del llanto: los hombres acusan á la suerte, é interpre-

tan con rústica ceguedad los altos juicios del padre de todos; esto lo sé sin que me lo digas, Octavio: el mal está en nuestra pobre naturaleza, sobrado vana y caprichosa para aceptar la sobriedad y la paciencia!

Octavio, héme sentado á la orilla del camino desalentado y triste: enfrente de mí se esconde el sol de la juventud, detrás de la terrible montaña del desaliento: á mis pies, el mugidor torrente de mis pasiones se ha convertido en seco arenal... la noche viene oscura, sin estrellas, y ya no habrá nueva aurora para mí, hasta que llegue la de una vida mejor en la cual creo y espero con la sencilla fé de mi lejana infancia.

Sin embargo, Octavio, aunque distante, y como un rayo de blanca luna, diviso una mujer... ¿quieres que te la describa? ¡así daré salida á este afán de mi alma que me consume y me devora... que me quita el sueño y el sosiego...!

A tí no te parecería hermosa, ni á mí tampoco en otro tiempo; hoy creo que, desde que nació, la he buscado sobre la tierra, y no he podido hallarla hasta ahora.

Es de estatura que apenas llega á mediana; de formas endebles y casi infantiles: bajo una frente, mas pura que las hojas de una nevada camelia, se abren sus ojos azules llenos de tristeza, grandes, rasgados, y que á cada instante se humedecen de lágrimas, porque siente con las penas de todos: largos y rizados cabellos guar-

necen su rostro dulce y benigno, como lo tendrá el ángel mas amado del Señor: su pequeña boca rosada rie pocas veces, pero sonrie muchas: su nariz es delgada, fina y llena de nobleza: hay en su mirada esa luz que se asemeja á la de las estrellas y que parece venir de mundos desconocidos: el talento se asoma, como cansado de la opresion en que su candidez le tiene, á su mirada, á sus blancas sienes algo hundidas: vibra en su voz, y brota de su suave y apacible rostro de sus posturas y de cada uno de sus movimientos...

¡Basta! ¿cómo describirte lo que es indescribible? ¡ni tú mismo con tu gran talento podrias pintar á esta criatura maravillosa, á la que solo he tenido ante mis ojos algunas horas, pero á la que ya tenia hace largo tiempo en el fondo de mi alma!

Esta niña es de mi familia: hermana de mi mujer y casada el mismo dia que yo con un muchacho de una aldea.

¿Por qué la dejé enlazarse con el sí terrible? porque di yo el que me enlazaba á su hermana, si nos casamos al mismo tiempo? ¡sin duda porque así lo quiso el que todo lo puede!

Miedo y vergüenza me causa, Octavio, el pensar lo que dirás de mí... ¡yo enamorado! ¡á mi edad! con lo mucho que he visto y he sentido! no, no es posible! estas fiebres de la imaginacion atacan con frenesí, pero pasan luego... feliz aquel que jamás las ha sentido... y triste del que está sujeto á ellas! Mas entanto que pasa, héme aquí llevando clavado en el corazon un dardo emponzoñado: ¿sentiré yo ahora el primer amor? ¡no! ¡eso seria horrible!

Me preguntas por mi mujer... imagínate una beldad griega, bajo el gracioso traje que la civilizacion engalana cada dia para la mujer. Clara es hermosa; y lo que es aun mejor, es buena: el amor la ha transformado, y yo empiezo á darle esa educacion que ella no ha querido admitir de nadie y que aceptará de su marido: la indulgencia, la bondad, la poesia del lenguaje, son cosas que procuro enseñarle con el ejemplo, y ella aprende sin esfuerzo: es de un natural excelente: ¡Ah, mi pobre Clara! no sepas jamás cuán grande es la herida de mi corazon, y vive dichosa bajo la custodia de un hombre que, si es infeliz, jamás podrá ser vil ni ingrato á tu ciego cariño!

Pero todo parece que se conjura para aumentar mi mal. Lo que yo enseño á Clara, su hermana lo sabe ya, ó mejor dicho, nació con la

ciencia de la virtud: ¿en qué consiste que la admirable belleza de mi mujer no me dice nada al alma, y la melancólica fisonomía de Mélida me revela mundos desconocidos? ¿Y ella amaba á ese jóven labriego?... ¿y ella ha podido desear esa monstruosa union? pero ¡como! ¡si aun no han alumbrado á su frente mas que diez y seis primaveras! ¿qué sabia ella lo que queria, lo que pensaba? ¡y ya nunca saldrá de allí! ¡allí vivirá, reducida á cuidar á esos dos rústicos á quienes su marido llama padres! ¡vivir! allí morirá, y yo sé de qué... de languidez como la flor que carece de brisas y de sol!...

¡Feliz ella, que nada conoce de la vida y acepta su destino con la sonrisa en los lábios y la oracion en el alma! ¡no seré yo el que descorra el blanco cendal de sus ojos, ni le enseñe ninguna de las tristezas de la existencia!

Algunas veces me parece como si Mélida fuese una hija mia, y creo que la conozco desde que tenia pocos meses... ¡qué sueños tan necios, Octavio!... ¿me los podrás tú perdonar?

Desde que este extraño delirio se ha apoderado de mí, padezco mucho: la palabra *imposible*, que yo habia borrado de mi diccionario, aparece á mis ojos terrible y desconsoladora: mi sueño es agitado, y tengo que valirme de todo el poder de mi voluntad para que mi mujer no se aperciba del desórden de mi espíritu.

Yo estoy aquí como el pobre peregrino que ha gastado en un largo viaje todas sus fuerzas, y que, al llegar al suelo natal, cae desfallecido!... ¡pasad, últimos sueños de mi espirante juventud! ¡Mélida será como todas... como es Clara, una mujer llena de debilidades, de vanidad... y de preocupaciones!

¿Dónde iré para no oir el coro de sus alabanzas? su memoria vive aquí en todas las almas; daria la mitad de mi vida por olvidarla, y su nombre resuena sin cesar en mis oidos, como el tañido de una campana de agonía.

Hé aquí, amigo mio, al hombre fuerte, y que casi has llegado á creer un semi-Dios: al volver atrás la vista, solo halla tu amistad... nada mas. Cesar era un niño ingrato, que me dió el mismo pago que tantos otros: no ha hecho ni mas ni menos que los demas: ¡herir la mano que tantas veces le he tendido!...

Pero ¿y el porvenir?... ¡Dejémosle á Dios! á no ser por él, supremo consolador de todas las amarguras, á no ser porque espero en su bondad infinita, en su inagotable misericordia, no sé ni quiero pensar en lo que seria de mí... yo

puedo decir á imitacion de su divino Hijo:—¡Mi alma está triste hasta la muerte!»

CAMILO.

(Se continuará).

María del Pilar Sinnés de Marco.

HUMILDAD.

De una ligera nube
Que trasparente y vaga,
Cruzaba el ancho espacio
Del rauda viento en alas,

Cayó, pura y serena,
Una gota de agua,
Que el mar recogió al punto
Entre su verde falda.

Mas ella estremecida
Al ver grandeza tanta,
Se refugió en el fondo
Humilde y recatada,

Y se ocultó en el seno
De una concha de nacar,
Pues entre tantas ondas,
Su pequeñez la espanta.

Allí pasó los días
De todos olvidada;
Pero lució la aurora
De una hermosa mañana,

Y abriéndose orgullosa
La concha delicada,
Del sol á los reflejos
Mostró, gentil y ufana,

El agua cristalina
En perla trasformada.
Y fué tal su belleza,
Su perfeccion fué tanta,

Que ser logró en el mundo
De todos admirada;
Justo premio que el cielo
A su humildad guardaba.

El candor, la modestia
Son perlas delicadas
Que siempre adornar deben
De la mujer el alma;

Pues al verlas brillando
Sobre su frente casta,
Doquier respeto inspiran
Y amor y confianza.

Enriqueta Lozano de Vilches.

FRAY AGUSTIN.

HISTORIA DEL SIGLO XVIII.

(Continuacion).

Hubiera bastado considerar un instante sus facciones perfectas para admirar en él una hermosura que su espresion, recogida, grave y hasta triste, hacia verdaderamente seráfica. Su larga barba imprimia á su rostro un carácter completamente ascético, y su estremada palidez parecia indicar estragos de pasiones de otros tiempos.

Acercábase con paso lento, con una especie de irresolucion, como si le repugnase una visita que le apartaba de la meditacion ó del estudio.

La abadesa de las Ursulinas se habia levantado para esperar al jóven; pero, al verle, cayó otra vez de rodillas, exhalando un suspiro.

Estremeciósse el monje y se detuvo como indeciso; mas la abadesa recobró sus fuerzas y se acercó á él. Hallábase temblando, y su emocion rayó casi en delirio cuando el velo negro se levantó y le dejó ver perfectamente el rostro de la que venia á visitarle.

—¡Leonor! exclamó el jóven.

—¡Enguerrando! murmuró con débil voz aquella mujer.

Ambos se contemplaron largo rato en silencio; los pensamientos que á su cabeza se agolpaban eran demasiados para que las palabras pudiesen llegar hasta sus labios. La alegría, la agitacion, el temor se manifestaban sucesivamente en el rostro del jóven religioso, pero al fin dijo con cierta amargura:

—No me llameis Enguerrando, señora. Ya no soy aquel cortesano ligero, vivo; aquel héroe de las fiestas, aquella mariposa de los bailes que habeis conocido en otra época, en quien os dignásteis fijar vuestra atencion. Un cambio inaudito se ha verificado en mi vida; y si hoy me encontrais pálido y grave, no debeis estrañarle.

—Pero, Enguerrando, ¿habeis aceptado tranquilo la violencia odiosa que se os ha hecho? ¿Os habeis resignado á pasar de una vida de encantos á una existencia de mortificaciones, de silencio y de oscuridad? No, no trateis de persuadirme de ello, de persuadiros á vos mismo... Confesad que en la prision que os ha impuesto el príncipe de Mortello habeis perdido toda vuestra energía, toda vuestra dignidad!

—¡Lemonor! ¿qué estais diciendo en este sitio? ¡Esas palabras son una blasfemia!

—He dicho la verdad: vuestra exclamacion acaba de probarlo.

El vizconde habia dado maquiralmente algunos pasos y se habia cubierto el rostro con las manos. Un desórden inexplicable acosaba su espíritu, á la manera que los vientos se desencadenan sobre una playa abierta y asolada. La princesa se acercó á él, tomó una de sus manos, y vió que sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

—Amigo mio, le dijo con un acento lleno de dulzura y de melancolía, escuchadme con serenidad, si os es posible. Vos comprendeis mejor que yo vuestra posicion y mi proceder. Venid, sentaos en este banco y prestad atencion á lo que voy á deciros. No necesito recordaros lo pasado. Si el amor en toda su exaltacion y—con orgullo lo digo—en toda su pureza es un crimen, hemos sido culpables. Llevóme á Francia el hombre á quien mi familia me habia impuesto por marido; el hombre que se enorgullecía porque todos me encontraban bella, como se enorgullecía de su alto nacimiento y de su inmensa fortuna. Os ví en Versalles, y desde entonces he mirado con indiferencia los goces del lujo, el incienso de las adulaciones: comprendí que la existencia podia ofrecer encantos; comprendí que aun no habia vivido! En cuanto á vos, mil placeres, mil triunfos os habian embriagado; pero el amor que ha unido nuestras almas presentó á vuestros ojos un mundo desconocido: muchas veces—¡dulce recuerdo!—me dijisteis que yo os habia transformado. ¿Qué os faltaba, pues? Una palabra, una mirada, una flor. Para vos, Enguerrando, y para mí, esto era la poesia en lo que tiene de mas santo y respetable. ¿Lo habeis olvidado todo?

Esta pregunta era demasiado directa. Enguerrando no podia menos de contestarla y aun cuando se reprimió de pronto, la respuesta se escapó al fin de su corazon con toda la espontaneidad del amor y de la juventud.

—¡Yo olvidaros!... No lo penseis, Leonor: es imposible. Aquí, ante una regla inflexible, bajo este traje, que he creído un deber aceptar en medio de una paz eterna, he conservado constantemente la tempestad terrible de mi pasion. Mil veces he aflijido á los hombres venerables que me rodean y me han prodigado consuelos paternales y consejos caritativos. Consuelos y consejos, todo lo he rechazado. Asaltábanme

horribles accesos de furor; maldecia mi suerte; mi pensamiento me llevaba hácia vos... Yo no podia existir sino donde vos estábais... Ideas de venganza cruzaban tambien por mi ardiente cabeza. No me equivocaba respecto de la mano que me habia herido; no ignoraba de dónde habia partido la carta-órden por la cual habia sido repentinamente trasladado del centro mas elegante á este sombrío monasterio... Entonces bramaba de furor, y si el príncipe de Mortello se hubiese hallado delante de mí, tal vez le hubiera matado sin piedad!

La princesa se estremeció. El jóven se detuvo como horrorizado de las palabras que acababa de pronunciar, y con una sonrisa llena de dulzura y de tristeza, añadió:

—Tranquilizaos, Leonor. Yo no he estado siempre entregado á estos accesos de delirio: algunas veces la razon ha venido en mi auxilio y he comprendido que el partido mas sábio era conformarme con mi suerte.

—Por consiguiente, dijo la princesa deteniéndose á cada palabra, ¿os habeis obligado para siempre?... ¿Habeis pronunciado... los votos?...

—¡Yo! exclamó el vizconde. ¿Quién os lo ha dicho?

—Vuestro traje... vuestras palabras...

—Mi traje... es el de los hermanos legos. En cuanto á mis palabras, si bien se resienten de mi penosa situacion, no indican de ninguna manera intenciones de pronunciar los votos.

—¡Oh, cielos!... ¿Con que sois libre, Enguerrando?

—Libre, como puedo serlo, donde me encuentro preso por órden del rey.

—¿Y si pudiérais salir?... Si una influencia igual á la del príncipe hubiese modificado ya en favor vuestro la disposicion de S. M.? Si os fuese dado poder tomar de nuevo vuestra espada de oficial, vuestra cruz de San Luis; volver á los brazos de vuestros amigos, de vuestra familia y... de la que amais, decid, decid, ¿lo rehusaríais?...

—¡Leonor, Leonor, piedad!... no me mateis; no me infundais un sueño tan seductor... ¡Seria tan cruel el despertar!...

—No es un sueño: fíad en mí.

—¡Es imposible! Estas murallas son impracticables. ¿Qué recursos teneis?... Callad, no me presenteis mas esa perspectiva... Dejadme morir aquí, al menos con la dicha de no haber soñado.



La princesa callaba, buscando en su imaginación el medio de llevar á cabo su proyecto y juzgaba que Enguerrando habia comprendido bien las dificultades de la empresa.

Un ruido de pasos vino á apartar de aquel objeto su atención.

—¡Ya! murmuró tristemente el jóven. ¡Vienen á separarnos!

Un religioso de austero semblante entró en aquel momento y se inclinó con profundo respeto. Era el padre Bautista.

—Hermana, dijo este dirigiéndose á Leonor: perdonad si interrumpo vuestra entrevista. Os la hemos permitido, infringiendo nuestra regla, tanto mas cuanto que el hermano Agustin se halla en una posicion especial y se nos han dado, con respecto á él, órdenes severas, muy severas. Pero nuestro convento os debe tanto, nos habeis concedido tan generosamente todo el terreno necesario para nuestra huerta, que no podemos negaros nada.

—Padre, respondió la princesa con voz en extremo conmovida: ¿querríais vos ser guardian de la casa mas importante de vuestra Orden y tal vez algun dia General de la Orden entera?

El monge sorprendido dió un paso hácia atrás y miró á Enguerrando. La princesa lo comprendió todo y dijo al vizconde:

—Adios, hermano; espero que no será esta la última vez.

—Adios, Leonor, repuso el jóven.

Y se alejó desesperado.

—¡Leonor! repitió en voz baja el padre Bautista. ¡Qué misterio!...

(Se continuará).

Faustino Mendez Cabezola.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

El fresco ambiente de la mañana reanimóle un poco, y sin direccion fija atravesó la riera y se internó en el bosque. Allí, apoyado contra un árbol, comenzó á reflexionar sobre su situación. El dia antes habia salido de su casa decidido á sentar plaza como único recurso en su desgracia; hoy hasta eso le estaba vedado, pues él no se ausentaria sin pagar, y para eso era preciso arruinar á su madre. ¿Cómo presentarse ante ella sin que leyera en su frente los horri-

bles padecimientos de su alma? ¡Oh! ¿por qué no podia, aun cuando fuese á costa de su sangre, cambiar su infortunio de hoy por el tan liviano de ayer? ¿Qué hacer en situacion tan apremiante? ¿á dónde volver los ojos? ¿á quién finalmente demandar ayuda ó por lo menos consejo?...

Tales eran sus reflexiones, cuando un golpecito en el hombro le hizo volver los ojos y lanzar un grito de sorpresa. Peralta estaba á su lado contemplándole con afable ademan y afectuosa mirada.

—No os desesperéis, jóven, que la desgracia no es tan grande que no tenga remedio, díjole el forastero empleando, como la astuta serpiente, el falso lenguaje del hipócrita para seducir á la inocencia. Verdad que habeis perdido, prosiguió, y que vuestro compromiso os parece inmenso, porque ignorais que yo puedo proporcionaros trabajos con cuyos productos le hagais frente... ¡Me mirais con asombro! No es extraño: estabais tan embebido en el juego, que no me echasteis de ver. Todo se zanja conque cobreis adelantado: tomad este bolsillo, en él hay doscientos duros en oro, habeis de pagar dentro de tres dias, pagad si quereis hoy mismo; si esto no basta, hablad.

La sorpresa no permitió al jóven espresar al pronto sus ideas; pero su rostro dió bien á entender la repulsa que no sonaba en su lábio, pues Peralta, sin guardar el bolsillo que sacara del cinto, se apresuró á decir:

—¡Cuán engañado estais! Si con una apariencia de razon, por suponerme vuestro rival, me habeis negado hasta ahora vuestras simpatias, oidme, que despues de ello cambiareis en afecto el odio. Verdad que en un principio, haciendo justicia al mérito de Coloma, deseé que fuera mi esposa, y aun hablé de ello á vuestra madre: mas luego ví claro, y renuncié á un bien que no habian de otorgarme sin lágrimas. Renuncié á él aunque continuando mis visitas, porque, desde entonces, el objeto de ellas fuisteis vos, porque vos me haceis falta, al par que yo puedo servirlos de mucho: mas aun, puedo, en cambio de vuestro trabajo, daros una fortuna.

—Explicaos, murmuró Salvador.

—Tomad antes la bolsa y guardad lo que contiene.

—Nunca, hasta saber qué trabajos son esos y si puede su importe cubrir mi deuda.

El aragonés condújole entonces por lo mas espeso del bosque, hasta llegar á la montaña

que comenzaron á subir. Casi á la mitad de ella, por el lado de Farnés, Salvador se detuvo:

—¿A dónde vamos? preguntó, pues la aspereza del camino comenzaba á inspirarle sospechas.

—Vamos, repuso Peralta acercándose á su oído, á una mina en donde vereis el dinero en grandes montones, porque ya no quiero ocultaros nada; este sitio lo descubrí al principio de la guerra, combatiendo en el partido de don Carlos. Una noche con unos cuantos de mis soldados, rendido como ellos de fatiga, y perseguido por un destacamento contrario, pasé por aquí con la idea de acogerme en San Pedro Cercada, empero la casualidad me hizo antes encontrar una gruta maravillosa, donde en seguridad descansamos algunas horas. Al salir de ella, mi teniente me dijo al oído: Capitan, ¿no os parece propósito marcar este sitio y cerrar esta entrada? Aprobé su pensamiento, y poco despues del convenio de Vergara volvimos los dos á la sierra, donde hallamos el peñasco que tapaba la cueva del mismo modo. Unicos poseedores del secreto, pues nuestros soldados habían perecido, unos en los combates, y otros prisioneros, tratamos seriamente de utilizarlos de él. Trabajamos por consiguiente en mejorarla, dímole entrada distinta y mas fácil de cerrar, proveímosla de ciertos útiles y de... pero para qué mas esplicaciones, puesto que ya hemos llegado?

VI.

El camino que habían seguido, despues de una áspera subida, formaba una especie de recodo, resguardado por una gran peña que le escondia á las miradas de los que visitaban el santuario. Grandes alcornoques y recios pinos crecían allí tan cerca unos de otros, que al estender los primeros sus oscuras y recias ramas, y los segundos sus brillantes y verdes plumeros, interceptaban en algunos sitios los rayos del sol. El terreno, como cansado de su aspereza, formaba en aquel paraje un pequeño rellano, velado por una parte con la espesa muralla que le ofrecían los árboles, y por otra con la antedicha roca. Sobre el borde de esta, avanzaban hacia la plataforma dos enormes pedruscos, como si en algun cataclismo de la naturaleza al precipitarse desde la cumbre de la montaña al llano, les hubiera detenido allí la mirada del Señor, para asombro de los hombres, y perenne ame-

naza de los que bajo su sombra se guarecieran.

Salvador no pudo menos, al verse en aquel sitio, de esclamar con sorpresa:

—¿Cómo, siendo del país y habiendo corrido tantas veces la sierra, no he llegado aquí nunca?

—La fortuna no es de quien la busca, sino de aquel á quien Dios se la envia, repuso Peralta sonriendo; y apartando un monton de maleza que en un extremo habia, descubrió una piedra en figura de cono truncado, de escasa altura y de unos dos palmos de diámetro.

Salvador le miraba en silencio; el aragonés apartó la piedra, y descubrió la boca de un pozo que se ensanchaba rápidamente, y de cuyo borde pendia, sujeta en un gancho de hierro, una recia escala de cuerda.

Peralta se deslizó por ella, diciendo á Salvador:

—Bajad tras de mí sin reparo alguno, porque no hay riesgo.

El jóven retrocedió un paso; un secreto instinto impulsábale á huir de aquella oscura sima como de una boca del infierno, y del aragonés como del espíritu del mal que le arrastraba á sus horribles antros.

(Se continuará).

María Mendoza de Vives.

MODAS.

Como os prometí la última vez que tuve el gusto de dirigirme á vosotras, mis queridas lectoras, os hablaré de algunos nuevos prendidos y hechuras, de joyas artísticas, de los accesorios para peinados de Mr. Croisart, de trages de niños, y de trages de casa para las señoritas.

Empezaré, pues, diciéndoos que las coronas para baile están en decadencia: lo mas elegante es colocar flores sueltas entre el cabello: hay tambien otro prendido de muy buen gusto, que se compone de tres rosas de musgo, colocadas un poco hacia el lado izquierdo de la cabeza, y sostenidas por dos bandas de enlage negro, que se prenden detras de las orejas con dos alfileres de brillantes, ó simplemente de oro liso.

Para el peinado á la griega, que hace su aparición, son del mejor gusto algunas sertas de perlas bastante gruesas: dos ó tres sertas se co-

locan entre las bandas de cabellos de las sienes, atravesando la cabeza, y algunas otras se enreden caprichosamente entre los tirabuzones, que, en forma de cubre-peine, se colocan en la parte posterior: para las jóvenes rubias, las perlas son deliciosas: para las de cabello oscuro, son un adorno incomparable.

Con el peinado imperio, empiezan á llevarse altas diademas de oro y pedrería, colocadas detrás de la trenza que sostiene la fila de sortijillas que cae sobre la frente: en una aristocrática *soirée*, á la que hemos asistido hace poco, hemos visto dos; la una estaba tachonada de corales, y el fondo era de oro mate: la otra tenía simplemente un delicado esmalte negro y algunas esmeraldas.

Las novedades de las hechuras no son fáciles de enumerar, por que la moda varia poco: siguen las mangas cada día mas ajustadas y los talles cortos y holgados: siguen los sombreros en miniatura, los paletots ajustados, y las faldas muy largas; sin embargo, no podemos pasar en silencio la graciosa innovacion de hacer los vestidos con el adorno en forma de delantal, y de los bordados para estos mismos delantales en aplicacion de galon y soutache mezclado.

Igualmente debemos advertir que el talle redondo ha remplazado en los trages de baile á los de dos petos, sobre todo para las jóvenes, y que estas llevan anchas cinturas de tafetan del color de los adornos del traje, que se anudan por detrás: en los grandes almacenes de modas las hay de una anchura extraordinaria, de fondo blanco con rayas de colores claros, tales como azul, rosa, cereza y verde: estas rayas tienen cuatro y hasta cinco centímetros de anchas: generalmente estas espléndidas cinturas ó ceñidores se enlazan por detras en grandes cocas, y descienden en largos cabos terminados por enrejado y fleco.

Las joyas de gran tamaño siguen en París gozando de gran favor: hemos recibido un grabado con diseños de pendientes, alfileres y broches de un tamaño extraordinario: muchos hay adornados artísticamente de camafeos: otros tachonados de brillantes: y en otros, mas sencillos, entran, por una feliz combinacion, el oro y el cristal de roca reunidos.

Casi todos tienen la forma bizantina mas pu-

ra y mas artística: pero estas joyas son carísimas para las personas de modesta fortuna, y si bien es cierto que por esta misma razon la moda no se vulgarizará, no lo es menos que tampoco alcanzará nunca dilatada preferencia.

Los accesorios de Mr. Croisart son un verdadero servicio al bello sexo, pues ellos pueden conservar el cabello sin sujetarse á la mortificacion de disponerlo convenientemente para el tocado: por otra parte no hay cabellos que den de sí lo que se les exige, ni bastan tres ó cuatro horas cada noche, para recogerlos y ondularlos: una señora se pone hoy una trenza postiza lo mismo que una cinta: un bucle ó un grupo de sortijillas, lo mismo que una flor. Mr. Croisart ha inventado en París, mechones, trenzas y bucles de todas clases, formas y matices para engalanar las cabezas, sin necesidad de molestia alguna.

Ocupémonos ahora un poco de trages de niños.

Las que tengais alguno de seis á ocho años, elegid para él, sin temor de equivocaros, un traje de popelina gris, adornado de terciopelitos y de botones de acero: consta de pantalon ancho y sujeto á la rodilla, de chaleco algo largo, y cerrado, y de chaquetilla recta, completándole una gorra de terciopelo con visera, y unas botas rusas ó á la Souvaroff, negras, con cordones y borlas: este traje, hecho en terciopelo negro ó color de guinda, es de un efecto maravilloso.

Para niña de la misma edad, hemos visto un modelo de la casa *Paulina Royer*, de París, hecho en popelina azul, con un ligero bordado en la parte inferior, de trencilla y galon negro, figurando lazos: una rotonda con el mismo bordado le completa: con este traje es preciso un sombrero de terciopelo negro con grupo de plumas azules: pantalon corto y ancho, guarnecido de encaje, y botas altas con borlas negras.

Para trajes de casa, propios de señoritas, hay graciosas vestas de paño, cachemira y terciopelo adornadas con ligeras pasamanerías ó encajitos.

Las mas lindas son rectas por delante, y con una aldeta haciendo punta en la espalda: la manga es estrecha y bastante larga: se llevan con chaleco de merino azul, encarnado y blanco,

ó bien de la misma tela de la falda: tambien se hacen vestidos de bonitas y módicas telas con los cuerpos de la misma forma, ó bien de faldones largos todo al rededor.

Pamela.

LABORES.

Pila para agua bendita.

Para la ejecución de este lindo objeto, se necesitan los siguientes materiales:—25 centímetros del cañamazo llamado Penelope del número 28:—algunas tiritas muy estrechas y delgadas de cuero oscuro:—un pedazo de lo mismo:—ocho hilos de cuentas blancas imitando nacar ó perlas, un poco gruesas:—una pequeña figura de marfil que represente á San Juan:—una concha grandecita:—tres estrellitas de nácar:—una hoja de madera de color gris y tan delgada como sea posible:—14 gramos de seda punzó y algunas hebras de torzal oscuro:—el precio de estos materiales es sesenta reales.

Se principia por diseñar el fondo con un hilvan en el cañamazo, y bordarlo con la seda punzó con el punto de fantasía que indica claramente nuestro grabado, y que es el usual de esta clase de labores.

Se procede despues á recortar la madera para el marco, lo que se hace con poco trabajo, pues estas hojas se venden ya preparadas y tan delgadas, que con unas buenas tigeras se recortan con la misma facilidad que el carton.

Para sacar con exactitud el dibujo, colocad, queridas lectoras, un papel vegetal sobre el grabado, y copiad con un lápiz fino todas sus líneas: hecho esto, ponedle sobre la madera, y con un punzon agudo señalad dichas líneas: levantad despues el papel, y cortad la madera por los agugeritos que habrá-dejado el punzon.

Recortado ya el marco en la hoja de madera, se toma la tirita de cuero; se enebra una aguja con torzal oscuro—cuyo matiz deberá ser el mismo del cuero—y se van fijando las cuentas de nácar, por medio de una puntada cada una á la tirita: concluida de cubrir con las cuentas, se cose dicha tira, con una aguja gruesa y torzal oscuro, á los bordes interior y exterior del marco, lo que forma un delicado adorno: al coser el borde interior, se sujeta tambien la tapiceria, para lo cual se habrá colocado antes sobre ella el marco de madera: el modo me-

jor y mas seguro de sujetar esta especie de agremian de cuentas es hacer una puntada con el torzal, sobre la tira de cuero y entre cuenta y cuenta.

Se colocan en seguida la figurita y la concha en el centro del cuadro, segun indica el dibujo, cosiendo ambos objetos sobre el cañamazo por medio de una puntada que se da en cada uno de los agugeritos, practicados al efecto en el marfil: cada una de estas puntadas se disimula con una cuenta, y se pegan del mismo modo las tres estrellas colocadas sobre la cabeza de San Juan.

Del pedazo de cuero, se cortan las dos ramas de encina, calcándolas antes por medio de papel vegetal y lápiz, lo mismo que los contornos del marco: se cose á cada lado de la concha por medio de un punto de cadeneta hecho con el torzal oscuro, y la parte inferior de los frutos se borda á punto de nuditos con el mismo torzal: las venas de las hojas se forman con algunos puntos largos.

La señora ó señorita, que ejecute esta labor, puede armársela por sí misma, con solo hacer preparar una tablita delgada, y proporcionada á su tamaño, á la cual se fijará la labor por medio de clavitos dorados: dicha tablita deberá tener en su parte exterior una anilla para suspender el cuadrito, y deberá ser un poco mas pequeña que este á fin de que no se vea.

No decantaremos el buen gusto y primor de este gracioso y poético objeto, siguiendo nuestra costumbre de dejar á los hechos que hablen y al público que juzgue: solo sí diremos á nuestras numerosas suscriptoras, que lo hemos visto concluido, y que es del mas lindo efecto.

Esperamos que las labores que sucesivamente les iremos ofreciendo serán todas de su agrado, y les anunciamos que, para complacer á las muchas personas que lo han solicitado, estamos preparando un lindísimo juego de cuello y puños dibujado en tela, segun hicimos en el año próximo pasado.

A pesar de los dispendios que este regalo nos ocasiona, queremos corresponder al creciente favor del público, y lo haremos siempre por cuantos medios estén á nuestro alcance.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

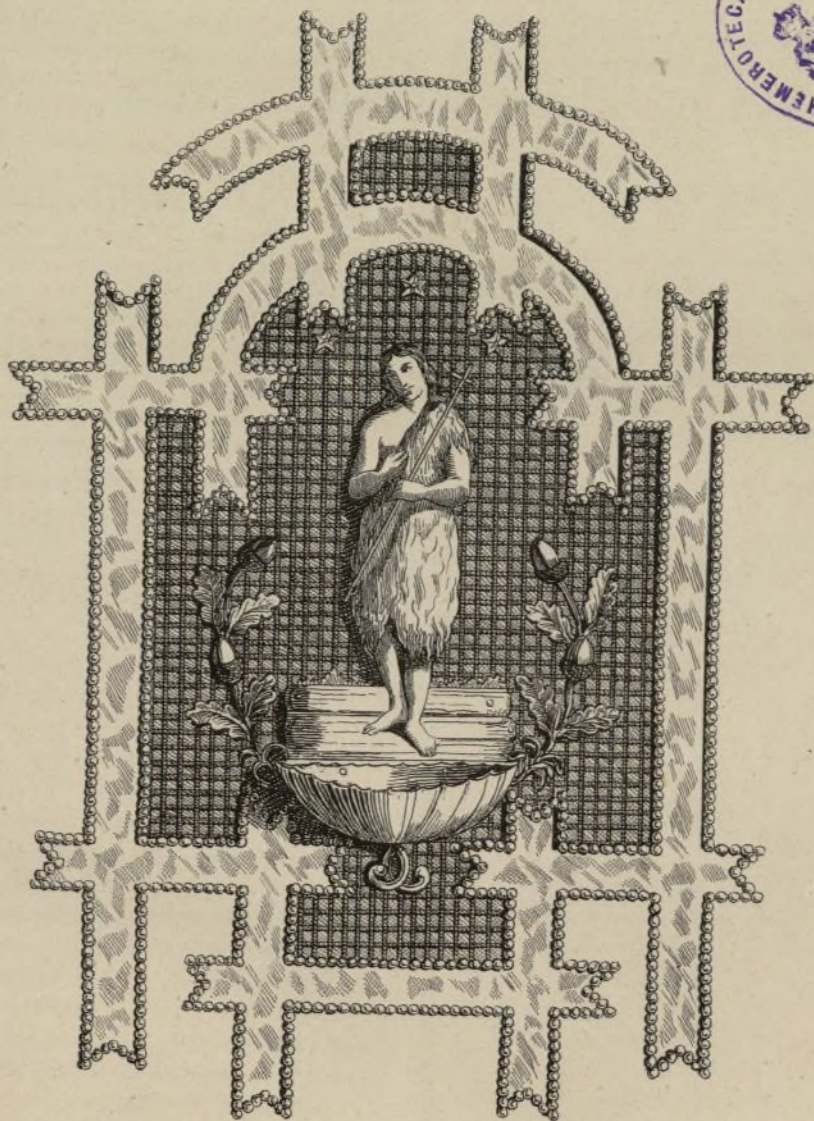
MARÍA DEL PILAR SINTÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.

EL ANGEL DEL HOGAR

Administracion y redaccion
Calle de Trujillos n.º 3, cuarto 2.º Madrid.



Pila para agua bendita.